

POLITICA Y PARTIDOS POLITICOS EN EGIPTO

Las fiestas solemnes con que en Egipto se conmemoró, al terminar el año pasado, el centenario de su existencia nacional moderna desde el momento en que se realizó la obra del fundador Mohamed Ali, fueron seguidas pocas semanas después por las elecciones que dieron origen a un Parlamento excepcionalmente significativo por el triunfo electoral del partido Wafd, sobre el cual se ha dicho desde entonces que bien pudiera estabilizar la situación política egipcia si dicho Parlamento agotase su período legal de cinco años de duración. Posteriormente se cumplió con sus cinco primeros años el período formativo de la Liga Arabe, que por ello ha debido revisar a fondo su existencia, en la que Egipto desempeña el principal papel. En la primavera de este 1950 transcurrió la fecha redonda de treinta años desde la primavera de 1921 en que Saad Zaghlul fué recibido en triunfo cuando volvía de defender en Europa la causa nacional egipcia. Y el verano de este mismo 1950 vuelve a hablarse de que son posibles nuevas negociaciones anglo-egipcias para intentar revisar el Tratado de 1936.

Estas coincidencias de efemérides y actualidades relacionadas entre sí aconsejan aprovechar la ocasión para esbozar a grandes rasgos un cuadro panorámico de la política en la nación del Nilo, tal como se presenta hoy. Panorama cuya necesidad procede del hecho de ser Egipto el centro natural de todas las cuestiones relacionadas con el continente africano, el

Mediterráneo y el Próximo Oriente, zonas a las cuales sirve de nexo o de encrucijada.

Comenzando por los primeros antecedentes habría que remontarse hasta los días que precedieron a la ocupación inglesa en el último tercio del pasado siglo, época en que se formó un primer partido nacional que no llegó a cuajar, pero en el cual figuraron personalidades muy destacadas del Ejército y las clases religiosas de juristas musulmanes. Tras la pausa que impuso el establecimiento de la ocupación inglesa surgió en 1905 un nuevo partido ya con organización coherente, que fué el nacionalista, fundado por el joven intelectual Mustafá Kamel, al estímulo de las corrientes de emancipaciones nacionales que entonces soplaban desde París en dirección a todos los países de los Balcanes y el Levante islámico. Ese partido estaba apoyado secretamente por el Jedive Abbas (que era entonces el teórico jefe del Estado egipcio, aunque bajo inspección directa inglesa próxima, y soberanía indirecta turca del Emperador de Estambul a distancia). A la vez reclutaba sus huestes iniciales entre los estudiantes y demás elementos juveniles modernizados de las grandes ciudades que entonces eran sólo una capa muy tenue, sin gran contacto con el pueblo, pues se inspiraba en modelos europeos mediterráneos, especialmente franceses. Gran inconveniente del partido era que en su programa se mezclaban confusamente las teorías democráticas importadas, con el nacionalismo local, el panislamismo turco del Emperador Abdul Hamid, la fidelidad a la familia de Mohamed Alí, el panarabismo y las amistades europeas de Mustafá Kamel, cosas que en algunos puntos eran contrarias entre sí.

Mustafá Kamel murió poco después de haber iniciado su actuación, y por eso el partido, que estaba hecho un poco a la medida del fundador, no llegó nunca a desempeñar papel importante, aunque ha seguido existiendo hasta hoy como nexo entre dos épocas históricas egipcias y símbolo de cierta ten-

dencia a la continuidad, que es muy característica de todas las cosas en aquel país. Luego comenzó a perfilarse de prisa la tendencia a un nuevo tipo de política más concretamente adaptada al suelo egipcio y más moldeada sobre las circunstancias que sobre las ideas generales. Iniciador de ese estilo fué, ya antes de la guerra europea, el jurista Saad Zaghlul, cuya figura había destacado al actuar dentro del sistema gubernativo y judicial que bajo jurisdicción del Jedive conservaban los ingleses. Por su prudencia y sentido realista, Saad Zaghlul había llegado a despertar recelos entre los amigos de Mustafá Kamel, que sospechaban fuese una especie de «agente provocador» o, por lo menos, un excesivo formulista que quería quitar fuerza a los impulsos patriotas. Aunque luego resultase que Saad Zaghlul estaba llamado a ser el dirigente del despertar del pueblo egipcio entero.

La época moderna propiamente dicha comenzó el 13 de noviembre de 1918, día en que una delegación (Wafd) de seis personalidades representativas de todas las tendencias pidió al representante de Inglaterra en El Cairo que se devolviese la independencia a Egipto, en virtud de los principios de libertad de pueblos que los aliados habían utilizado como tema favorito de propaganda durante la guerra europea. La pugna entre los miembros del Wafd o delegación y las masas de egipcios que les apoyaban, con los ingleses, duró diversos episodios desde ese fin de 1918 hasta el 22 de febrero de 1922 en que se proclamó la independencia reconocida por Gran Bretaña. Lo que aquí interesa destacar es que a esa proclamación siguió el escindirse y separarse los miembros del Wafd delegación, tres de los cuales se pusieron a la cabeza de otros tantos movimientos divergentes que debían resumir toda la política local hasta la muerte del Rey Fuad en abril de 1936. Los tres movimientos fueron: I. Popular, que apoyado, sobre todo, por la masa de campesinos del Nilo y también por los estudiantes, quería

rehacer la nación a la medida de la mayoría, teniendo como órgano de acción el nuevo partido Wafd que fundó Saad Zaghlul (llamado luego Zaghlul Bácha) y que a su muerte continuó Mustafá Nahas Bácha. II. El palatino, que creía preferible volver a la trayectoria que se había cortado con la ocupación inglesa, o sea a la de altos poderes dirigentes de Mohamed Alí, sus descendientes y seguidores. Ese movimiento tuvo varios partidos y jefes en rápida confusión, pero la figura esencial fué la de Ismail Sidqui Bácha, otro ex ministro del primitivo Wafd delegación. Ex miembro también fué Mohamed Mahmud Bácha, fundador y jefe del partido liberal, que representaba una tendencia favorable a que la nación se desarrollase con los contactos internacionales, por métodos netamente intelectuales. Frente a Inglaterra, los tres movimientos querían sostener respectivamente la nueva independencia, en el pueblo, el palacio y Europa. Al margen, como grupos menores, quedaban los nacionalistas de Mustafá Kámel (empeñados en no actuar públicamente mientras hubiese ingleses en Egipto) y también algunos notables sueltos, preferentemente anglófilos, pero sin que ninguno de estos grupos pesase. Y más al margen aún trataba de organizarse un pequeño movimiento obrero sindicalista iniciado por un pariente del Rey Fuad.

El período transcurrido entre la subida al trono del Rey Faruq y la llegada a las fronteras egipcias de las salpicaduras de la segunda guerra mundial representó una movida época de transición, en la que el Wafd sufrió una crisis de cuadros directivos (aunque no de masas), separándose así de él los fundadores del partido saadista Ahmed Maher Bácha y Mahmud Fahmy Noqrachi. Entre los del palacio descollaban nuevos nombres de Alí Maher Bácha y Husein Sirry Bácha. Los liberales seguían en su sitio y sin aumentar. Luego aparecían tendencias de tipo netamente fascista, como las camisas negras y

sobre todo, las camisas verdes del partido «Joven Egipto» que fundó el joven Ahmed Husein.

En febrero de 1942 cuando la presión del Eje era mayor, Gran Bretaña, temiendo la acción en su retaguardia de los elementos germanófilos que ella creía numerosos, pensó que el único modo de garantizar la seguridad interna consistía en confiar todo el poder al partido que tuviese más fuerzas política profunda y más gente. Era el Wafd, y por eso las autoridades inglesas en El Cairo no tuvieron inconveniente en ayudar a Nahas Bácha a ejercer una especie de semi-dictadura como gobernador militar, aunque era el jefe del movimiento menos anglófilo, pensando acaso que resultaría más seguro tenerle al lado que en frente. Nahas y el Wafd predominaron así por imposición hasta el 8 de octubre de 1944.

En ese día comenzó un agitado período de cinco años y pico, durante el cual la nota esencial fué el empeño que todos los grupos, partidos e individuos notables desplazados por el Wafd y su jefe durante el pasado bienio, se empeñaban no sólo en recuperar lo perdido, sino en intentar que el Wafd y Nahas quedasen definitivamente fuera de la escena. Ese fué el principal cometido de los cinco Gobiernos que se sucedieron, o sea: I. Gobierno Ahmed Maher Bácha, que duró de octubre de 1944 hasta el 24 de febrero de 1945, en que fué Maher asesinado por un estudiante de «Misr al Fatat» (un socialista fascista). II. Gobierno Noqrachi Bácha, desde febrero de 1945 a febrero de 1946. III. Gobierno Sidqui Bácha, de febrero de 1946 a diciembre de 1946. IV. Otra vez Gobierno Noqrachi Bácha, desde diciembre de 1946 a diciembre de 1948, en que fué Noqrachi asesinado por un adepto de «Ijuan al muslimin» (un social-religioso-tradicionalista). V. Gobierno de Ibrahim Abdelhadi Bácha hasta mitad de julio de 1949.

Entretanto, Nahas y el Wafd no podían reaccionar eficazmente, y no por la oposición de los demás partidos guberna-

mentales, sino por varias causas propias de debilitamiento interno (aunque ese debilitamiento era más circunstancial que esencial). Primera causa había sido (aun en la época del Gobierno total de Nahas) la escisión de W. Makram Obeid Bácha, antiguo secretario general del partido desde los tiempos de Saad Zaghul y figura de gran influencia en varios sectores de la vida egipcia, el cual fundó un nuevo partido llamado «grupo Wafdista» (KUTLA). A esta escisión, que quitó al Wafd antiguo algunos dirigentes secundarios y elementos electorales de provincias, se añadió el 1947 la de Fuad Abaza Bácha, el cual fundó una organización llamada «Unión árabe», que no llegó a partido siquiera. Por otra parte, los estudiantes se volvieron de espaldas al wafdismo, estimando que sus métodos nacionalistas eran flojos y anticuados, y se fueron a integrar grupos de acción activista violenta (incluso matando a jefes de Gobierno). Y en las grandes ciudades los obreros, cuya clase había aumentado y se había modificado con la depresión económica originada por la postguerra, también se apartaba del Wafd, en cuyos programas sólo encontraba fórmulas políticas, pero no sociales ni económicas.

La sorpresa de que desde esa decadencia haya saltado el Wafd al triunfo electoral que obtuvo al comenzar el año corriente, es nota esencial con la que se ha iniciado el período actual, a pesar de que varias razones puedan explicarlo. Por ejemplo, la de que el figurar en oposición casi proscrita durante cinco años le permitió reponer el desgaste sufrido en el bienio durante el cual Nahas Bácha hubo de actuar más en contacto con los ingleses de lo que le convenía. Otra razón posible es la de que al haberse puesto fuera de la ley a los partidos nacionales de tendencias extremistas, a sus adeptos que eran votantes no les quedó más recurso para seguir actuando de algún modo que volcar sus votos en favor del Wafd, por ser éste el único partido opositor organizado y actuante (aunque

los dirigentes extremistas no simpaticen con Nahas e incluso le sean adversos). La tercera razón consiste en que al haberse convocado elecciones completamente libres pudo acudir a las urnas la masa enorme de los campesinos o «fel-lahin», que constituyen el ochenta por ciento de la población total del país del Nilo, y entre los cuales siempre tuvieron más fieles Zaghlu y Nahas, acaso porque ellos proceden también del sector campesino, que es el mismo desde los lejanos tiempos de los Faraones, y en el cual se siente un instintivo sentimiento de unión a la raza y al paisaje.

Ese fondo de afiliados rurales entre los cuales hasta hace pocos años predominaban los que seguían las palabras de los dos jefes sucesivos del partido que conserva el nombre de Wafd (o sea delegación del pueblo) con ciega adhesión, más nacida de simpatía personal que de las razones teóricas que ellos pudieran exponer en sus discursos, es siempre esencial para comprender el arraigo del wafdismo, que nació «sobre el barro del Nilo», como allí se dice respecto a lo popular más genuino. Si las gentes del pueblo campestre que hizo las Pirámides y excavó el canal de Suez pusieron «une foi quasi religieuse» en Zaghlu, a quien llamaban «Padre del Pueblo», y si después se precipitaban a besar las manos de Nahas (como el autor de estas líneas ha visto varias veces), no se debía a que Zaghlu y Nahas fuesen mejores ni peores gobernantes, más o menos íntegros, más o menos demagógicos, sino, sobre todo, a que eran cosa suya, mientras que los demás jefes políticos muchas veces tienen origen turco y albanés y proceden de grupos sociales que resultan tanto más alejados a la masa cuanto que en Egipto hasta ahora hay escasez de grados intermedios entre la gran urbe y la aldea, entre los muy poderosos y los muy pobres, con poca densidad paralela de clases medias y productores calificados. A lo cual ayuda también la forma de explotar la riqueza agrícola, principal recurso de aquella nación, con

cultivos industriales como el algodón, que ayudan a la concentración de la propiedad rústica en grandes fincas de poderosos terratenientes.

La existencia de dichos terratenientes ha sido, tanto o más que el sentimiento monárquico acentuado, uno de los factores culturales, económicos y sociales que han contribuido desde 1922 a la existencia de los grupos y partidos que en El Cairo y en Alejandría se suelen designar por el nombre común de «el Palacio». Entre ellos predominan los descendientes de los hombres que ayudaron a Mohammed Alí e Ismail a dar forma al Egipto estatal antes de la ocupación inglesa, hombres que tienen a su favor la realización de esa primera armazón dentro de la cual ha de integrarse todo lo que después se construya; pero en cambio tienen en su contra el hecho de que su carácter estático y cerrado les aísla del aire de la calle. Todos creen que por haber tomado su forma legal Egipto con la actual dinastía, su destino nacional ha de identificarse con ella, y añaden que la tradición legal de la independencia que existía antes de llegar los ingleses fué lo que permitió al Rey Fuad I que Inglaterra volviese a reconocer la soberanía. Los grupos del «Palacio» pueden, pues, considerarse como conservadores históricos. Los principales son hoy: I. «Realistas constitucionales», que preside Ismail Sidqui Bácha. II. «Nacionalistas tradicionalistas», de Hafiz Ramadan Bácha (sucesor de Mustafá Kamel. III. «Frente egipcio», de Alí Maher Bácha. Además, otros dos pequeños grupitos y personajes sueltos que han sido jefes de Gobierno, especialmente Hussein Sirry Bácha.

Entre los palatinos y los wafdistas, el elemento central más característico sigue, como en 1922, representado por el partido liberal, que desde la muerte de Mohammed Mahmud dirige el literato Mohammed Hussein Haikal Bácha. Al lado de él, aunque en un sector más próximo al palacio que al Wafd (e incluso como actual primer adversario del Wafd, aunque sa-

lió de sus filas) se ha colocado el partido Saadista, o sea el de los dos presidentes asesinados, Ahmed Maher y Nograchi, a los cuales sucedió como jefe el actual Abdelhadi Bácha. Liberales y saadistas consolidaron en 1949 su unión y semejanzas luchando juntos en las elecciones contra el Wafd, pero entre ambos partidos se siguen notando algunas diferencias que, un poco artificialmente, pudieron resumirse diciendo que el liberal sigue teniendo como tendencia preferente la de una «intelligentsia» o intelectualismo sistemático pacifista, y en el segundo predominan elementos de una burguesía mercantil.

Como cuarto sector vivo de la política egipcia viene funcionando, desde la creación del reino moderno, el sector de los independientes (MUSTAQIL-LUN) que ha sido muy cambiante en composición y en personalidad, pero siempre constante como nota original de la opinión egipcia. Desde 1942, su sector más vivo y activo es el del partido fundado por W. Makram Obeid Bácha, que fué secretario general del Wafd y que una vez replegado el antiguo grupo nacionalista de Hafiz Ramadan hacia el Palacio, representa la más fuerte expresión verbal de ese género, siendo Makram el que cortó dos veces las negociaciones con Inglaterra en 1946. Los independientes diversos tienen en el Parlamento actual más diputados que el partido liberal o el partido saadista suelto, aunque resulta que algunos de los diputados elegidos como tales independientes son en realidad miembros o simpatizantes de partidos prohibidos, como los «Hermanos Musulmanes», o figuran entre quienes pueden ser germen de grupos políticos nuevos.

Todos los partidos citados (incluso el Wafd) tienen en común ciertas características generales, como la de no ser ni izquierdistas ni centristas, pues todos exhiben la etiqueta de una «democracia» teórica y verbal, aunque ni esa «democracia» ni el resto de las tendencias de actuación se haya concretado nunca en programas fijos y detallados. Todos ellos se componen

esencialmente de cuadros compuestos en gran parte por notables, mientras carecen de masas propias integradas en sus organizaciones, pues incluso con el Wafd, que tiene más sostén popular, las gentes que le apoyan no son afiliados fijos. En lo internacional, los partidos gobernantes tienen hoy también etiqueta de puntos de vista generales, como la evacuación de las tropas británicas, la reincorporación del Sudán, la adhesión a la O. N. U., la participación en la Liga Árabe, el antisionismo, el interés por obtener asistencia financiera de América, etcétera (salvo la excepción de Sidqui Bácha, que tiene puntos de vista particulares diferentes). Y en lo social, los partidos actuantes no han podido, no han sabido o acaso en parte no hayan querido resolver la cuestión de la economía humana, cuyo punto flaco es la citada tendencia, ya secular en Egipto, de que la sociedad se polarice hacia los extremos de gentes elevadas y gentes muy miserables.

Ese desnivel constituye el campo más favorable para el desarrollo de los nuevos partidos populares que desde 1946 se vienen formando y organizando trabajosamente entre la visión un algo indecisa de sus creadores, que han de buscar solución para problemas muy confusos, y la hostilidad de los partidos oficiales (incluso del Wafd, aunque éste lo hace con más prudencia y deseo de no romper del todo los posibles nexos). Esos partidos populares nuevos calificados a veces de nebulosa política, y que aún están algo al margen del Parlamento, tienen la particularidad común de que en vez de moverse en un cuadro estrictamente egipcio, tienden a irradiar sobre otros países de lengua árabe como Siria, Palestina, etc. También es común entre los elementos más impulsivos de esos partidos la creencia en que: «la colonisation de l'Égypte est non seulement le fait des étrangers mais également celui de la classe dirigeante qui se sert de l'appui des étrangers pour maintenir sous sa tutelle une masse de plus de quinze millions de per-

sonnes». De esa creencia de que egipcios extranjerizados tienen responsabilidad en el bajo estado económico-social, se pueden derivar en distintas direcciones dos programas de oposición: el de luchar contra la extranjerización y el de luchar contra el control que ejercen los poderosos a quienes se acusa de extranjerizados. Lo primero ha sido el principal objeto de los hermanos musulmanes (IJUAN AL MUSLIMIIN); lo segundo, el de los diversos partidos llamados socialistas.

Para definir y explicar a los «hermanos musulmanes», aun de un modo esquemático, sería necesario un espacio excesivo, y por eso aquí sólo puede recordarse que su origen había estado el 1933 en una asociación religiosa del mismo nombre, cuyo objeto inicial fué reformar las costumbres morales y familiares en los ambientes egipcios urbanos más influídos por un exagerado modernismo laico o protestante, y en buscar el retorno a las costumbres austeras e igualitarias de la sociedad islámica primitiva, a la vez que intentaban una depuración de los espíritus mediante la propaganda de un ascetismo militarizado. En 1945 el Chej Hassan Al Benna dió a su asociación la forma de un movimiento político activo, que llegó a reunir medio millón de adeptos y simpatizantes, con un crecimiento tan rápido y un criterio tan propio respecto a las cuestiones palestinas y del Nilo, que les costó la disolución por el presidente saadista (entonces jefe del Gobierno) Nograchi Bácha en octubre de 1948, a lo cual siguió la muerte de Nograchi a manos de un «hermano» el 28 de diciembre de ese año, y del chej Hassan Al Benna por unos gubernamentales el 14 de febrero de 1949.

En cuanto a los socialistas, es necesario advertir que la palabra «socialismo» no tiene en Egipto el mismo sentido que en Europa, pues no significa necesariamente vinculación con ideologías ni programas de organización marxista. En Egipto, cuando hoy se habla de socialismo se sobreentiende aludir a

todo partido que se preocupa en primer término de problemas sociales. Actualmente los partidos iniciados con esta etiqueta son tres: I. El «Partido Socialista Obrero», que dirigen el Nabil Abbas Halim y el general retirado Saleh Harb Bácha (antiguo presidente de la «Asociación de Jóvenes Musulmanes»), siendo su base los sindicatos profesionales iniciados en tiempos del Rey Fuad por el mismo Nabil Abbas Halim, y su programa esencialmente anticomunista, pudiendo definirse ese partido como una versión islámica de los sindicatos de democracia católica en Europa. II. El «Partido Socialista Campesino», fundado el 1946 por Kamel Kotb, que es su portavoz; tiene una tendencia laborista agraria que vagamente recuerda los partidos «verdes» que florecían en los Balkanes antes de la ocupación rusa o rusófila. III. «Partido Socialista y Demócrata de Egipto», podría llamarse sin inconveniente «nacional-socialista», puesto que se trata de una transformación del «Joven Egipto» o camisas verdes de anteguerra, cuyo jefe, Ahmed Hussein, fué personalmente a visitar a Hitler y Mussolini, y que no ha perdido su fondo de neo-fascismo de izquierda.

Todo lo dicho hasta aquí representa el cuadro general de los partidos tal como ha existido hasta este año. Pero desde la apertura del nuevo Parlamento vienen apuntando tendencias inesperadas que importa destacar. Ante todo, la aproximación entre el Palacio y el Wafd, que, desde 1922 a 1949, habían sido los extremos más opuestos de la pugna por la representación máxima de la nación. Luego las posibilidades de una partición del Wafd en dos e incluso de su desaparición como partido netamente mayoritario. Lo primero ha tenido por causa el que como los temas por los cuales luchaba el Wafd resultan hoy insuficientes para las nuevas necesidades, éste tiende a perder gran parte de su antigua base fija de obreros, de estudiantes e incluso en parte de campesinos. Lo segundo es que paralelamente, y por causas cuya explicación es ajena, la:

dinastía ha visto aflojarse sus lazos con la calle, y por eso se ha impuesto la aproximación entre los dos sectores, que sea sincera o sólo fruto de un compromiso, caracteriza la actuación oficial de Estado y Gobierno en estos meses que corren. En cuanto a la escisión del Wafd se dice que sería segura en el caso de morir Nahas Bácha (ya algo envejecido y cansado). Pero también pudiera la escisión adelantarse si predominase la incompatibilidad entre los notables que dirigidos por Fuad Saradj ed Din Bácha acentúan la corriente de acercamiento a los sectores quietamente conservadores, y los jóvenes diputados del mismo Wafd, que quieren acentuar en él su carácter social. Todo lo cual abre en el futuro egipcio incógnitas apasionantes.

RODOLFO GIL BENUMEYA



NOTAS

